

La imagen del Imperio austro-húngaro y su papel en los Balcanes

JOSEP MARIA PONS I ALTÉS

Universitat Rovira i Virgili – Grupo ISOCAC

CARACTERÍSTICAS DEL IMPERIO AUSTRO-HÚNGARO

A pesar de su importancia decisiva en la dinámica europea contemporánea, el Imperio austro-húngaro suele ser relativamente desconocido en nuestro ámbito cultural. Su desaparición tras la I Guerra Mundial explica parte de esta ignorancia, pero igualmente resulta sorprendente si recordamos que se trataba de uno de los principales imperios de la época y que tenía un papel crucial en una de las regiones más convulsas de Europa: los Balcanes.

El Imperio austro-húngaro era una entidad reciente cuando empezó a publicarse *La Ilustración Española y Americana*. Heredero directo del Imperio austriaco, Austria-Hungría nació en 1867 después del Compromiso del mismo año y de que se reconociera al Reino de Hungría como un estado autónomo dentro del Imperio, vinculado con Austria a través de poco más que la figura del emperador y de compartir la política exterior. Tanto Hungría (también conocida como Transleitania) como Austria (o Cisleitania, aunque su denominación oficial era “los reinos y provincias representados en el Reichsrat”) tenían su propio parlamento y su propio gobierno, por lo que aquel imperio fue conocido también con la denominación de Monarquía dual: el emperador era, a la vez, Emperador de Austria y Rey de Hungría.¹ El ejército imperial se convirtió en una institución fundamental del conjunto de la monarquía, a la vez que una élite militar era su nervio central y guardaba una fidelidad directa al emperador: tenía una influencia política y económica limitada, pero sí decisiva en las formas de vida y en la cultura de los habitantes de la monarquía (Deák, 1992).

En cuanto a la economía, Austria-Hungría experimentó un notable progreso durante la segunda mitad del siglo XIX y era una de las principales potencias europeas, y este progreso fue mucho más evidente en la parte austriaca (más industrial) que en la húngara. Se trataba de

¹ Sobre la conformación de esta monarquía dual son especialmente útiles las obras de Bérenger (1993: 546-593); Kann (1992: 342-467); Okey (2001: 191-368) y Sked (1989: 187-238). También se pueden consultar, entre otros, Molnár (2001: 201-249); Sugar, Hannák y Frank (1990: 252-266), Hoensch (1988: 1-83), Pamlényi (1974: 347-451) y Ferdinandy (1966: 251-274). En cuanto a la dinámica intelectual y cultural, dos grandes obras imprescindibles son las de Johnston (2009) y Schorske (1983).

la cuarta potencia industrial europea, pero se situaba a gran distancia del Reino Unido, Francia y Alemania.

En todos los años que estudiamos en el presente trabajo hubo una relativa estabilidad gracias a la figura del emperador Francisco José I. Para amalgamar ese conglomerado que constituía el Imperio, para garantizar su subsistencia, era esencial presentar una imagen imperial y mantener el prestigio de la familia real que lo cohesionaba. *La Ilustración Española y Americana* se hizo eco de esta importancia simbólica y publicó con relativa frecuencia todo tipo de noticias e ilustraciones: desfiles, inauguraciones, bodas de plata del emperador y de la emperatriz, etc. Los elogios eran la tónica habitual, al señalar el “cariño de sus súbditos”: “la fe del anciano Emperador en la misión histórica de su dinastía, su bondad verdaderamente paternal para todos sus pueblos de razas y aspiraciones diferentes, juntamente con el sentimiento más exquisito de su dignidad y de sus altos deberes, le han ganado los corazones de todos” (C. L. de Cuenca, “Nuestros grabados”, 30/8/1898: 115).

La importancia de la familia imperial para los lectores de *La Ilustración* se incrementó aún más con los preparativos de la boda del Rey de España Alfonso XII con María Cristina, perteneciente a la familia imperial de Austria, lo que llevó a publicar retratos, ilustraciones del castillo real de Bohemia o informaciones de su viaje desde Viena hacia España, con los elogios de rigor: “S. M. la Reina D. María Cristina, perteneciente a elevada estirpe, que cuenta entre sus descendientes reyes y emperadores de grande historia, reúne a los timbres de su alta cuna los de la belleza, la virtud y el talento, realizados por el brillo de un espíritu cultivado” (Manuel Bosch, “La familia imperial de Austria”, 8/12/1879: 347). Un posterior viaje de Alfonso XII a Austria, en 1883, fue seguido por *La Ilustración* con todo detalle, y dio noticia de una acogida “afectuosa y delicada” ya que el Rey de joven había realizado estudios en el Colegio Teresiano de Viena; aunque en la prensa austriaca también aparecieron comentarios críticos: “un artículo muy comentado, escrito en un periódico de Viena, y en el cual, atribuyéndose, sin fundamento alguno, el viaje de S. M. al propósito de que España sea declarada potencia de primer orden, dice irónicamente que esa pretensión equivale a la de uno que quisiera ser declarado millonario sin serlo” (Conde de Coello, “Impresiones europeas”, 22/9/1883: 162).

A LA BÚSQUEDA DE UNA SOCIEDAD BURGUESA Y CULTA

Viena era una de las grandes ciudades europeas, moderna y con una intensa actividad cultural. Y en aquellas décadas existió la voluntad de convertirla en una magna capital imperial, con obras de reforma urbana y arquitectónica a imagen de otras capitales. Algunos hitos en este proceso fueron el derribo de las murallas en 1857 y la posterior construcción de extensas avenidas, en particular la Ringstrasse inaugurada en 1865 y en la que se fueron ubicando durante las décadas posteriores edificios monumentales de carácter historicista. Se trató de una política urbanística de magnitud, liderada por los liberales y que tuvo entonces detractores por su excesiva monumentalidad y su poca funcionalidad (Schorske, 1983: 39-121).

Era una apuesta por una reforma urbana y una política de imagen que implicaba, obviamente, situar fuera de la vista los barrios más degradados, con casas en malas condiciones y desorden urbanístico.² *La Ilustración* siguió la misma apuesta, eliminando de su retrato de Viena todo lo que no se adaptase al ideal de ciudad culta y burguesa que las autoridades austriacas querían ofrecer y que, aún más importante, a los lectores de *La Ilustración* les gustaba percibir. Era una ciudad más desconocida que París o Londres, pero merecía atención en la medida que ofrecía un modelo a seguir y adaptado a los ideales de la burguesía española: “la construcción ordinaria en este país, la de Viena, que es el más palpable ejemplo, supera en bondad de condiciones a las fincas urbanas de Madrid, y merece ser conocida de los arquitectos directores de esas grilleras que ahí denominamos casas” (F. Erosecá, “Correo de Viena XIII”, 24/9/1873: 583).

Por tanto, Viena fue una primera referencia fundamental en la imagen que trasladaba *La Ilustración* sobre Austria-Hungría. La Exposición Universal de 1873 celebrada ahí tuvo una trascendencia importante y repercusión en los artículos y grabados de *La Ilustración Española y Americana*, por ejemplo con vistas panorámicas de los edificios construidos o imágenes de la inauguración.

Después de la Exposición, las referencias a la belleza de Viena y a su tradición cultural continuaron siendo abundantes. Por ejemplo, en 1877, Eusebio Martínez de Velasco escribía sobre la ciudad:

² Hacia 1885, el 28% de los pisos de Viena tenía dos personas por habitación (Schnerb, 1982: 317).

“Sus calles y plazas están flanqueadas por monumentales construcciones; sus deliciosos paseos y jardines aparecen adornados con excelentes obras de arte; sus teatros tienen merecida fama en los círculos artísticos de todas las naciones cultas; sus numerosas fábricas y centros industriales son muy importantes, y su activo comercio se halla cada día en estado más floreciente [...] La descripción de esta célebre ciudad, que es hoy una de las mas bellas de Europa, no cabe ciertamente en los estrechos límites de esta sección” (E. Martínez de Velasco, “Plaza San Esteban y calle de Rotthenthurm en Viena”, 22/07/1877: 46).

En contraste Budapest se mostraba en muchas menos ocasiones, pero igualmente conseguía protagonismo en momentos puntuales como la celebración del milenario de Hungría en 1896 (G. Reparaz, “Nuestros grabados”, 15/5/1896: 284-293) y recibía algunas apreciaciones favorables: “Y como su población, han crecido la grandiosidad y belleza de sus edificios, teatros, palacios, bulevares y parques magníficos” (Conde de Coello, “Impresiones de Oriente”, 08/10/1886: 199). Algo parecido ocurría con otras ciudades como Praga, que en sus escasas apariciones en las ilustraciones aparecía como una población culta y desarrollada, por ejemplo con elogios cuando terminó la construcción de su Teatro Nacional (E. Martínez de Velasco, “Praga: El Teatro Nacional”, 15/5/1881: 299).

El Imperio, y en particular Viena, pretendía aparecer como una sociedad con unas élites cultas que históricamente habían otorgado importancia al arte y a la música. *La Ilustración* asume y transmite esta imagen,³ y a menudo no resiste la tentación de compararla con una realidad española muy diferente y más decepcionante, y de intentar constituirse como un elemento de modernización cultural para España al transmitir lo que ocurría en los territorios más desarrollados. Un artículo firmado por Julio Nombela es representativo de esta línea argumental y, en un momento de inestabilidad política en España a la búsqueda de un rey extranjero para el Trono vacante, recordaba que mientras en Austria “domina a la política la esperanza de llevar a cabo la proyectada Exposición universal de Viena en 1873 con inusitado esplendor”, en España “siempre estamos en exposición” (Julio Nombela, “Crónica”, 13/7/1870: 210). El desarrollo cultural y social llevaba aparejado también el desarrollo

³ Un buen ejemplo es el siguiente texto: “Cuando el riguroso invierno llega, las representaciones de la Grande Opera, las más artísticas que yo he visto en ninguna escena del mundo, sin los exclusivismos de París, pues en una semana he asistido al *Fausto*, de Gounod; al *Lohengrin*, de Wagner; al *Guillermo Tell*, de Rossini, y al *Aida*, de Verdi; las representaciones del teatro de corte, en que actrices y actores de primer orden ejecutan los dramas de Schiller, las tragedias de Corneille y las obras de Shakspeare, alternando con el repertorio moderno; los incomparables conciertos de Strauss y una serie continuada de exposiciones, de academias, de certámenes científicos o literarios, hacen, con las fiestas del Palacio, de los Archiduques y de la alta aristocracia, agradabilísima la residencia de Viena” (Conde de Coello, “Impresiones de Oriente”, 08/10/1886: 202).

económico y tecnológico, con referencias a adelantos científicos o expediciones a lugares remotos.

Es usual en la publicación la presencia de manifestaciones artísticas austro-húngaras, grabados y reproducciones de pinturas de temas diversos, aunque dentro del conservadurismo que caracterizaba a *La Ilustración* en cuanto a los criterios estéticos. Su insistencia en el arte más académico, en imágenes relacionadas con temas mitológicos, religiosos o representativos de la moralidad y de la cotidianidad burguesas, fue constante a la hora de reproducir cuadros sobre todo a partir de la década de 1880. Reivindicó a pintores húngaros de éxito como Mihály Munkácsy –quien en sus obras reflejaba el sentimiento nacionalista con su exaltación de la historia y las costumbres del país- o Hans Makart –quien encarnó el gusto decorativista de la alta sociedad vienesa, consiguió el favor de la Corte e incluso se le concedió una casa con los gastos a cargo del Estado (Johnston, 2009: 800, 355-364). Del primero se reprodujeron obras como *La enhorabuena de la joven madre* donde se presentaba “una bella escena de la felicidad doméstica; un idilio de la familia: la joven madre [...] contempla con éxtasis amoroso al hijo de sus entrañas [...] Este pintor [...] debió a la educación materna esas lecciones de amor a la familia, esos ejemplos de quietud y dicha domésticas, que hoy se complace el gran artista en trasladar al lienzo” (); *Cristo ante Pilatos*, calificada como una “valiosísima joya del arte contemporáneo” (); o *En el día del santo del papá*, pues Munkácsy “fatigado su espíritu por el estudio de las grandes composiciones religiosas e históricas, hallase grato descanso y dulce esparcimiento en las escenas de costumbres y en los más íntimos episodios de la vida de familia” (E. Martínez de Velasco, “Bellas artes”, 22/1/1882: 51; “Nuestros grabados”, 8/6/1882: 347; “Bellas artes”, 8/8/1884: 67).

Hay excepciones a estas temáticas habituales, como el cuadro de Munkácsy *Antes de la huelga*, aunque no se trata en absoluto de una pintura de denuncia social: “El orador enemigo de los burgueses ha triunfado, y los obreros acaban de decidir la huelga. Los más gritan entusiasmados; pero hay algunos a quienes el acuerdo desagrada, porque piensan en los días sin pan que les esperan” (G. Reparaz, “Bellas Artes”, 8/7/1895: 2).

También hubo presencia de artículos elogiosos sobre música: “El que desee conocer hasta qué punto puede conciliarse la grandeza del espectáculo y la emoción del oyente con su comodidad [...] debe visitar los [teatros] de Viena, en que se han corregido los defectos de los demás, y llevado al más alto grado las buenas condiciones de todos y de cada uno” (F. Erosecá, “Correo de Viena XVII”, 8/11/1873: 682). Según se explicaba, la mayor actividad cultural vienesa estaba en justa correspondencia a la mayor formación y corrección de los habitantes de aquella ciudad, reflejados en ámbitos tan diversos como la puntualidad, la ética

del trabajo o la formación musical desde la escuela primaria: “En los pueblos del Norte, donde hay la costumbre de trabajar, porque aún no se ha inventado, como en los del Mediodía, el vivir sin hacerlo, los espectáculos se comienzan temprano, con el fin de que concluyan temprano también” (Un caballero español, “Viaje alrededor de la Exposición Universal de Viena XII: la ópera”, 1/12/1873: 726).

En cambio, llama la atención la escasa presencia literaria en *La Ilustración*, con algunas excepciones como el artículo dedicado al fallecimiento del poeta y dramaturgo Franz Grillparzer y en el que se volvió a hacer una referencia implícita a la situación cultural española al afirmar “en Austria se honra al genio” (E. Martínez de Velasco, “Revista general”, 8/3/1872: 146), obviando el olvido que Grillparzer sufrió por parte de los vieneses en sus últimos años de vida y que sólo fue compensado una vez fallecido (Johnston, 2009: 415-416). Esta poca presencia de la literatura austro-húngara se puede deber a la falta de comunicación directa entre los ámbitos culturales español y austro-húngaro, a la no existencia de un corresponsal en Viena que trabajara para la publicación y a la prioridad concedida a la literatura española y latinoamericana.

Por último, recordemos que en aquellas décadas Viena albergó a personajes tan destacados como Sigmund Freud, el filósofo y físico Ernst Mach, el filósofo Edmund Husserl o el pintor Gustav Klimt, hasta el punto que se ha afirmado que a partir de 1850 el Imperio destacó en la producción de nuevas ideas, de nuevas percepciones del mundo: “los jóvenes austriacos adquirieron una sólida base intelectual que permitía a los más dotados de entre ellos interpretar un mundo lleno de facetas contradictorias” (Johnston, 2009: 209). Sin embargo, los movimientos artísticos e intelectuales más renovadores, más vanguardistas, despertaron un interés limitado en los articulistas de *La Ilustración*.

LOS PROBLEMAS INTERNOS DEL IMPERIO

En la imagen transmitida sobre el Imperio también aparecían problemas y conflictos, con noticias sobre huelgas y enfrentamientos con la policía que se utilizaban para realizar comentarios con carga ideológica: “queda demostrado una vez más que las huelgas podrán aprovechar a los que las dirigen, pero no a los que las ejecutan” (J. Fernández Bremón, “Crónica general”, 30/4/1889: 250).

Se publicaban crónicas sobre manifestaciones obreras de carácter socialista. En tumultos urbanos, a veces la explicación mencionaba la existencia de un discurso antijudío

que había conseguido extenderse en la sociedad y que provocaba incendios en tiendas y negocios regentados por judíos (J. Fernández Bremón, “Crónica general”, 30/04/1890: 259). Un malestar social que llegó a los ámbitos rurales y que explicó en 1896 la llegada a Viena de 12.000 labradores próximos al partido antiliberal “enemigo del individualismo y sostenedor decidido de los procedimientos que proclama el grupo llamado de los cristiano-socialistas, de los antisemitas” (R. Becerro de Bengoa, 30/9/1896: 191).

El antisemitismo fue un movimiento en auge a finales del siglo XIX, del que *La Ilustración* se ocupó de manera secundaria. Para ser conscientes del contexto en el que se desarrolló, debemos recordar que la segregación de los judíos húngaros sólo terminó cuando la igualdad legal de los ciudadanos fue proclamada después de 1867 a la vez que emergía una potente burguesía judía. En reacción, en la década de 1880 se reforzaron grupos antisemitas y por toda Europa se publicaron noticias de su enfrentamiento con sus oponentes liberales (Sugar, Hannák y Frank, 1990: 263-264; Schorske, 1983: 123-175). En Austria-Hungría el antisemitismo se convirtió en una nueva forma de política, con éxitos como la elección de Karl Lueger como alcalde de Viena en 1897 (Judt, 2012: 8).

Y estas problemáticas se unían a la percepción de que el Imperio era incapaz de seguir el ritmo de progreso económico y desarrollo militar de las otras grandes potencias europeas. Una muestra de esta apreciación es el artículo del Marqués de Valle-Alegre: “El estado de aquella nación no es próspero ni bonancible: desde las guerras con Italia y Prusia en 1859 y en 1866, sus fuerzas vitales y sus recursos han disminuido: la situación de su hacienda no puede ser más precaria” (“Revista general”, 15/11/1871: 546).

En las crónicas de *La Ilustración* aparecían cuestiones estrictamente políticas, como las manipulaciones y abusos en las elecciones, con comparación incluida con hechos similares sucedidos en España (Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 16/4/1872: 226); o la progresiva ampliación del derecho al sufragio y las polémicas que este hecho suscitaba. Es necesario recordar que mientras en Austria hubo un progresivo incremento del porcentaje de población con derecho al voto, aunque dividida en cuatro curias, en Hungría la nobleza bloqueó el proceso (Bérenger, 1993: 549). El fracaso de una propuesta presentada en 1893 para ampliar el sufragio en Austria, y el debate que conllevó, fue explicado por *La Ilustración* de manera que le permitía transmitir cierto escepticismo hacia las supuestas bondades del sufragio universal.

Sin embargo, el mayor problema interno de Austria-Hungría fue el de la convivencia entre diferentes nacionalidades. El Imperio constituyó una experiencia política muy interesante en la medida que acogía en su seno más de una decena de lenguas y

nacionalidades⁴ y, además, algunas regiones de Austria (y en menor medida de Hungría) disfrutaban de cierta autonomía. Los conflictos por razones lingüísticas o por demandas de mayor autogobierno fueron usuales: fue particularmente importante el problema existente sobre el uso del checo en la administración pública de Bohemia, a la vez que se potenciaba la construcción de una “cultura popular” idealizada supuestamente compartida por todos los que tenían como idioma el checo (y que excluía a la numerosa población alemana de Bohemia) con un objetivo político evidente (Filipová, 2011: 15-36). *La Ilustración* informó de estos conflictos y, con motivo de la inauguración del Teatro Nacional de Praga en el que se representarían preferentemente obras escritas en checo, remarcó que:

“Si se recuerda que el Gobierno de Viena aspira, hace ya muchos años, y especialmente en estos últimos tiempos, a unificar el idioma en el heterogéneo Imperio austro-húngaro, como primer paso para llegar a una perfecta fusión de nacionalidades, a la verdadera unificación política, no creemos aventurado suponer que el nuevo *Teatro Nacional* de Praga es una elocuente protesta del antiguo reino de Bohemia contra los propósitos unitarios y absorbentes del elemento austriaco” (E. Martínez de Velasco, “Praga: El Teatro Nacional”, 15/5/1881: 299).

En *La Ilustración* aparecieron referencias a insurrecciones en Dalmacia en las décadas de 1860-1880 y reflexiones sobre los problemas que debía afrontar el Imperio, en particular en Bohemia y con el movimiento nacionalista checo: “La situación del Austria aparece difícil y complicada, y el trabajo de asimilar nacionalidades distintas, de hermanar razas diversas, ha de ser largo y penoso. Recuérdese lo que costó en España unificar los antiguos reinos y provincias, y se comprenderá la dificultad de la empresa en los tiempos presentes” (Marqués de Valle-Alegre, “Revista general”, 25/11/1871: 561). Y cuando varios diputados de izquierda del Parlamento húngaro se negaron a transmitir una felicitación al emperador, el articulista escribió sobre “Ligeras nubecillas en el cielo sereno, que presagian acaso tempestades borrascosas” (E. Martínez de Velasco, “Revista general”, 24/4/1872: 242).

Otros grupos nacionales, desde la misma fundación del Imperio dual, mostraron su desacuerdo con el Compromiso de 1867:

⁴ El censo de 1910 distinguió doce grupos: de lengua alemana, húngara, checa, eslovaca, polaca, rutena, eslovena, croatas (católicos), serbios (ortodoxos), serbocroatas musulmanes o bosnios, rumanos e italianos (Bérenger, 1993: 553).

“la Hungría cuenta en su seno razas eslavas, croatas, dálmatas, etc., que no tienen las otras buenas cualidades del pueblo magiar, aunque sí todos sus defectos, y bien exagerados, y cuyas razas no ocultan sus aspiraciones a conseguir la autonomía. Ahora existe la crisis entre la Hungría magiar y la Hungría eslava, como existe también entre el elemento germánico [en referencia a Austria] y los elementos polacos, eslavos y bohemios” (E. Martínez de Velasco, “Revista general”, 24/6/1872: 370).

Llama la atención la presencia, en una publicación eminentemente de orden como *La Ilustración*, de numerosos artículos del escritor y político de trayectoria republicana Emilio Castelar. A partir de mediados de la década de 1880 analizó problemas de política internacional y, en consecuencia, los referentes a la Península Balcánica y a los movimientos nacionalistas existentes en el interior de Austria-Hungría. Y sus consideraciones eran negativas para el futuro del Imperio, al calificarlo de “confederación de pueblos en la cual predomina, sobre la idea santa de patria, la idea estrecha de raza”. Y continuaba:

“El Austria no conoce, no, sentimiento de nación alguno. Allí hay un Imperio, pero allí no hay lo que nosotros llamamos nacionalidad [...] En Bohemia, los ciudadanos de origen alemán y los ciudadanos de origen eslavo se detestan, como si aquel sol y aquel suelo no tuvieran las virtudes suficientes para lograr lo que han logrado los nuestros: difundir la savia de un alma y de una vida común por las venas de todos los españoles, de todos los franceses, de todos los italianos, igualmente patriotas. Moravia, por ejemplo, se halla tan dividida como la misma Bohemia, en propensiones contradictorias y en ideas opuestas. Hungría es un campamento, no un pueblo. Los croatas de un lado, los transyvanos de otro, los judíos mismos, los círculos militares, los ruthenos, los sajones, batallan entre sí con tal fuerza y empuje, que no hay armonía posible ni dentro de la nación aquella ni dentro del ejército” (E. Castelar, 8/1/1888: 15).

Hacia finales del siglo XIX las noticias sobre los conflictos nacionales en el interior de Austria-Hungría fueron aún más frecuentes, desde anécdotas sobre menosprecios en Hungría hacia la bandera austriaca, hasta sucesos más significativos como la oposición a la construcción de un teatro alemán en Budapest. Y se sucedieron explicaciones más precisas sobre la diversidad nacional del Imperio que llevaron a afirmar: “Los verdaderos peligros,

latentes, pero efectivos, que allí se ofrecen, no son las guerras internacionales, sino las escisiones y peleas intestinas, que produce el choque de las diversas razas que componen el heterogéneo y políglota Imperio austro-húngaro” (R. Becerro de Bengoa, “Por ambos mundos”, 15/12/1890: 363).

EL CONTRASTE CON OTROS PUEBLOS

Con anterioridad a la época que es objeto de nuestro estudio, Austria-Hungría y Prusia habían tenido un enfrentamiento directo que culminó en la batalla de Sadowa (1866), y que *La Ilustración* recordaba por su importancia para comprender la Europa posterior: un ejército alemán con gran preparación frente a uno austriaco dormido en sus laureles y con dificultades de comprensión lingüística entre sus contingentes (J.M. y L., “Orígenes del conflicto Franco-Prusiano (1866-1869) II”, 15/08/1870: 262-266). Pero en los años setenta las tensiones exteriores del Imperio ya se centraban en otras zonas, sobre todo en los Balcanes, y la política exterior alemana pasó a tratar a Austria-Hungría como un aliado que debía mantenerse fuerte (E. Martínez de Velasco, “Revista general”, 15/09/1871: 442).

Existía una importante diversidad religiosa en el interior del Imperio, aunque la religión predominante era la católica. Y este hecho tiene una gran importancia, pues ayudó al Imperio para continuar siendo percibido como la frontera cristiana frente al mundo musulmán representado por el Imperio otomano. Una frontera vacilante y difusa, situada en los Balcanes.

Viajes como el que realizó el emperador a los “Santos Lugares” en enero de 1870, recibido por el clero católico, escoltado por el ejército musulmán y con una repercusión destacada, no eran gratuitos: “La recepción hecha al monarca católico en Jerusalén tiene, por lo entusiasta, gran trascendencia política y religiosa” (J., “Ilustraciones extranjeras”, 10/01/1870: 19).

El Imperio otomano había sido, durante siglos, el gran enemigo de Austria y Hungría: recordemos que el Imperio otomano llegó en su momento –siglos XVI y XVII- hasta Budapest y a las puertas de Viena. Ambas ciudades compartían su protagonismo histórico frente al “enemigo turco” y algún autor no resistía la tentación de establecer paralelismos con la Reconquista española y de mencionar la intervención española en la ocupación de la capital húngara: “Budapest no se ha olvidado, con el transcurso de dos siglos, de que en aquella heroica empresa combatieron por la causa de la cristiandad y de la civilización ilustres militares españoles” (E. Martínez de Velasco, “Nuestros grabados”, 08/10/1886: 195). En

contraste, el Imperio otomano había llegado a finales del siglo XIX como el “enfermo de Europa”, en plena decadencia económica y militar, muy evidente desde la independencia griega de 1823.

En el territorio situado entre Austria-Hungría y el Imperio otomano, en los Balcanes, fue donde progresivamente fueron consiguiendo la independencia de facto diversas naciones a lo largo del siglo XIX. Es lo que se conocía como “la cuestión de Oriente”, de retroceso otomano ante la presión austro-húngara y rusa, en la región más inestable de todo el continente y donde las otras potencias europeas también actuaban en defensa de sus intereses estratégicos.⁵ Lo importante es que, dada la diversidad nacional del Imperio, política exterior y política interior se entrelazaban, pues la estrategia hacia los pueblos de los Balcanes podía erosionar el gobierno interno (Williamson, 1991: 10-11).

Frente a una Austria-Hungría que se presentaba como una sociedad “civilizada”, todos aquellos pueblos balcánicos que estaban en torno a su frontera aparecían a menudo como exóticos y de naturaleza violenta. Las ilustraciones de los “tipos de habitantes” balcánicos, con trajes o actitudes que parecían extravagantes a un lector español, o grabados como los dedicados a los bandidos existentes en Grecia, servían para corroborar aquella impresión. Sin embargo, esta imagen también era matizada con recuerdos sobre las aportaciones artísticas y filosóficas de la Grecia clásica:

“¿Quién no profesa cariño entrañable, y aun gratitud profunda, a esa histórica Grecia, tan pequeña hoy, tan grande ayer, que guarda todavía, cual preciosos jirones de un manto espléndido, los nombres de Homero y de Herodoto, las ruinas del Partenón y del templo de Teseo [...] Ella se encuentra ahora reducida a condición bien triste, juguete de ambiciosos politiquillos” (E. Martínez de Velasco, “Revista general”, 16/7/1872: 418).

En cuanto a Rumanía, la descripción sobre aquel país recalcaba que se trataba de un estado cristiano y que “estaba destinado a crecer y desarrollarse a expensas del caduco imperio de Constantinopla” (F. Erosecá, “Romanía”, 30/10/1874: 634-635).

El progreso de la sociedad austro-húngara contrastaba frente a la decadencia de sus vecinos eslavos del sur y del Imperio otomano, o como mínimo ésta era la imagen recurrente de muchos periódicos europeos y también de *La Ilustración*. El Conde de Coello escribía en

⁵ Sobre esta cuestión se puede consultar Mazower (2000:77-103).

1886 que las grandes construcciones realizadas para mejorar la navegación del Danubio daban la impresión

“como si la raza germánica y el imperio de Austria-Hungría se preparasen a disputar en porvenir no lejano a los sucesores de Pedro el Grande y a la raza eslava el dominio de Oriente, cuando llegue el momento de la gran liquidación [...] en Hungría el espíritu magiar no oculta la rivalidad terrible con la raza eslava, dejando adivinar los grandes combates del porvenir, cuando Rusia y Austria-Hungría se disputen la herencia de la Turquía europea” (Conde de Coello, “Impresiones de Oriente”, 8/10/1886: 199).

En *La Ilustración* aparece a menudo esta cuestión, “la eterna cuestión de Oriente”. En verano de 1875 se inició la insurrección de Bosnia-Herzegovina contra el dominio otomano, en buena parte causada por una presión tributaria considerada excesiva, de la que *La Ilustración* hizo la siguiente interpretación:

“El origen de la insurrección actual, que va tomando carácter gravísimo por las complicaciones a que puede dar lugar en Europa, hay que buscarle en la intolerancia y tiranía de los turcos; cristianos los habitantes de aquella provincia, sufren mal el duro yugo que les ha impuesto el Gobierno otomano, y miran con envidia la prosperidad de sus vecinos” (Flavio, “Revista general”, 30/07/1875: 50).

La Ilustración se hizo eco de los sucesos y los siguió con mucha atención, a la vez que expresaba su queja por la falta de información fidedigna. Era evidente ante cualquier observador las implicaciones de aquella revuelta: “nadie deja de ver tampoco las aspiraciones de Rusia y de Austria [...] en este enmarañado asunto” (Flavio, “Revista general”, 08/09/1875: 138).

Esta insurrección se extendió el año siguiente hacia Bulgaria, Serbia y Montenegro, unas revueltas eslavas que contaban con el apoyo ruso. La crueldad de algunos enfrentamientos y los castigos a la población civil fueron destacados en la prensa europea destacara aquellos enfrentamientos. Y en aquel momento el tópico sobre las “atrocidades turcas” hizo fortuna, una barbarie imputada a los musulmanes contra los cristianos, con lo que se terminaban mezclando elementos nacionales y políticos con elementos religiosos.

En algunos artículos e ilustraciones publicadas en *La Ilustración* se presentaba a todos los contendientes como responsables de las crueldades que sucedían:

“La guerra actual en Oriente ha ofrecido actos de verdadero salvajismo, y la verdad es que no parece justo acusar a unos para defender a otros, porque los tres beligerantes, servios, montenegrinos y turcos, son igualmente culpables ante el derecho de gentes y las leyes de la humanidad: los turcos pasando a cuchillo a los desdichados búlgaros, los servios no respetando las prescripciones de la guerra, los montenegrinos quemando vivos a los prisioneros o mutilándolos horriblemente” (E. Martínez de Velasco, “Nuestros grabados”, 15/12/1876: 363).

Pero en conjunto, igual que los principales periódicos europeos, *La Ilustración* tuvo tendencia a acentuar la culpabilidad de los turcos en sus crónicas y sobre todo en las ilustraciones, como la que mostraba cómo la caballería irregular del ejército turco “entrega a las llamas una población cristiana de Bulgaria y acuchilla a sus desgraciados habitantes” (V., “Guerra de Oriente”, 30/08/1876: 135). Y no se desaprovechó la oportunidad de rescatar un cuadro que representaba a jóvenes herzegovinas cautivas de los turcos con “dos fieros soldados albaneses que las custodian, o contemplan con miradas lascivas su púdica hermosura, o aparentan brutal indiferencia delante de tan grande infortunio” (E. Martínez de Velasco, “Nuestros grabados”, 22/9/1875: 179).

En España, al igual que en el resto de Europa, se difundieron con éxito noticias sobre masacres de búlgaros cristianos, con cifras que en agosto de 1876 indicaban que en menos de cuatro meses habían perdido la vida más de 12.000 búlgaros “decapitados o ahorcados [...] y muchos de ellos por leves sospechas de ser partidarios de la insurrección” (V., “La guerra de Oriente”, 22/8/1876: 118). Noticias como ésta permitieron a William Gladstone, en Inglaterra, condenar estos excesos y pedir al gobierno que cesara por completo la administración turca de Bulgaria (E. Martínez de Velasco, 22/9/1876: 171). En esta presión pública fue decisivo que en los periódicos europeos se llegara a afirmar que las muertes de búlgaros llegaban a 40.000 o hasta 100.000, y que se publicaran más de 3.000 artículos denunciando las atrocidades cometidas; cálculos posteriores limitaron los fallecidos a un máximo de 4.000 e incluso se ha llegado a plantear que el número de víctimas musulmanas hubiera sido en realidad superior al de las cristianas (Glenny, 2000: 108-110).

En algún momento de sinceridad *La Ilustración* explicitó sus simpatías con los insurrectos por el hecho de ser cristianos, y relacionó esta actitud con una asimilación entre cristianismo y españolidad. La cita es esclarecedora:

“La lucha de la Herzegovina favorece a los cristianos: no seríamos españoles si no sintiéramos, sin poderlo remediar, cierto regocijo; la aflicción de la Sublime Puerta no nos entenece [...] en el campo de batalla, las costumbres orientales se conservan [...] no parece lo probable que el pensamiento persista en el cerebro de un decapitado, pero si esto fuera cierto, ¿qué pensarían las cabezas de los turcos, colgando de la montura del caballo, al comprender que no existe el paraíso de Mahoma?” (J. Fernández Bremón, “Crónica general”, 22/4/1876: 265-266).

Y cuando un lector acusó a José Fernández Bremón de simpatizar excesivamente con los turcos, la respuesta también fue muy clara: “Turquía, como nación, prescindiendo de su política, su religión y sus costumbres, nos parece tener el derecho de su parte en la cuestión que se ventila; pero que, considerando su incultura, el mahometismo y el rebajamiento a que ha llegado, veríamos su ruina sin dolor” (J. Fernández Bremón, “Crónica general”, 8/11/1876: 274). Y poco más tarde reafirmó: “Si Europa ha cometido faltas graves en su conducta política con Turquía, ésta tiene la conciencia abrumada de culpas y se la puede ver morir sin compasión” (J. Fernández Bremón, “Crónica general”, 22/4/1877: 258).

Un artículo de julio de 1876 firmado por Pico de la Mirandola (pseudónimo de Ángel Vallejo Miranda)⁶ es digno de atención en la medida que ofrece una extensa descripción de los pueblos balcánicos que se habían sumado a la insurrección contra el dominio otomano (Pico de la Mirandola, “Carta parisiense”, 15/7/1876: 22-23). De los serbios, afirma:

“La Servia, aunque vasalla nominal de Turquía, es en realidad un territorio independiente, habitado por un pueblo árbitro de sí mismo. La soberanía actual de Turquía se limita a percibir anualmente un tributo de 300.000 pesetas y a mantener una guarnición de 30 hombres en el torreón arruinado de Mali-Troznik [...] Son, en efecto, valientes, pero como tales, y a pesar de ir constantemente armados, su carácter es esencialmente pacífico. Son los servios nobles en su conducta, honrados y verídicos [...] ignorantes y supersticiosos”

⁶ Dato proporcionado por Francisco Lafarga.

En cuanto a los montenegrinos, la descripción adopta un sentido similar:

“Los montenegrinos son violentos y reñidores, van siempre armados de punta en blanco y hacen con frecuencia uso de sus armas ofensivas. Son muy supersticiosos e ignorantes, y antes eran más vengativos [...] El Soberano reúne todos los poderes delegados por unas cuantas familias poderosas que dominan al pueblo, el cual se imagina, sin embargo, que disfruta de la igualdad más democrática”.

La Ilustración reseñó con todo detalle las gestiones diplomáticas de las potencias europeas ante el gobierno de Constantinopla, y cómo el embajador austriaco pidió que en las provincias sublevadas se aplicara la libertad religiosa y una reforma del sistema tributario (M., “Crónica general”, 15/2/1876: 98). La implicación de las grandes potencias en el conflicto era obvia, y así se reconocía en las crónicas: “El mundo insiste, sin embargo, en sospechar que no se mueve un solo hombre en aquella parte de Europa sin el consejo de las grandes potencias, que juegan al ajedrez sobre aquel vasto tablero” (J. Fernández Bremón, “Crónica general”, 30/6/1876: 426).

Otro momento decisivo en la creación de esta imagen bárbara de los Balcanes, y en particular de los turcos, fue la Guerra ruso-turca de 1877-1878,⁷ cuando Rusia pretendió tener acceso al Mediterráneo y utilizó una retórica basada en la liberación de los “pueblos hermanos eslavos”, de los cristianos de los Balcanes. Fue un enfrentamiento ya profetizado con anterioridad, dada la tensión acumulada y los intereses rusos en los Balcanes:

“Cuando suene el primer disparo [...] serán un toque de rebato que alce en armas millares de individuos de razas y religiones diferentes, griegos y bosniacos, búlgaros y servios, tártaros y kurdos, sirios y egipcios, unos con su esperanza puesta en la cruz griega, otros invocando el venerado nombre de Mahoma” (J. Fernández Bremón, “Crónica general”, 15/4/1877: 242).

La Ilustración dedicó crónicas detalladas al seguimiento de esta guerra y reprodujo numerosas ilustraciones, pues se convirtió en el asunto central de la política internacional. En

⁷ La guerra delimitó el periodo crítico de 1875-1878, del que se ha afirmado que fue “the most fateful period in the peninsula’s nineteenth-century history” (Glenny, 2000: 73). Sobre la guerra y el posterior Tratado de Berlín, ver especialmente Yavuz y Sluglett (2011).

justa correspondencia, *La Ilustración* a partir del 22 mayo de 1877 estableció al margen de la habitual “Crónica general” una sección específica, a cargo de Enrique Dupuy de Lôme, “distinguido literato, profundo conocedor de los países donde se desarrolla”. Y en la primera crónica remarcó los efectos de la guerra en los países vecinos y, en cuanto a Austria-Hungría, informó de que los croatas recibieron al archiduque Alberto con el himno ruso y de que en las montañas de Bosnia-Herzegovina también se reorganizaban los insurrectos. Dupuy acabó publicando sus crónicas en 18 números, aportando todo tipo de detalles y de informaciones históricas con el objetivo de que los lectores estuvieran lo mejor informados posible. Se trataba de una guerra en la que las potencias europeas eran conscientes que podía suponer la reordenación de los Balcanes, y que para Austria-Hungría podía implicar repercusiones sobre todo en su población eslava y rumana. Y mientras Rumanía proclamaba su plena independencia con la aprobación rusa, la actitud de Serbia podía tener mayores repercusiones: “Serbia representa al partido eslavo, que quiere ser independiente del yugo turco y magiar, y de la protección rusa, y sus pretensiones, que son consideradas como revolucionarias en Viena y en San Petersburgo, no pueden merecer las simpatías de esos Gobiernos” (Enrique Dupuy de Lôme, “Crónica de la Guerra de Oriente II”, 30/5/1877: 350). El seguimiento de los sucesos en los Balcanes se acabó de completar con los dibujos de un “corresponsal artístico” en el ejército ruso del sur, José Luis Pellicer, lo que permitió obtener informaciones directas y cuyas ilustraciones se empezaron a publicar a partir del 22 de junio de 1877 e incluso ocuparon a menudo la portada de *La Ilustración*: estas ilustraciones mostraron tanto momentos bélicos o movilizaciones militares, como escenas de la vida diaria de las ciudades y pueblos de aquellos países. La misma publicación insistió en la importancia que esto significaba: “Estas ventajas, que ningún otro periódico español tiene hasta ahora, y que alcanzan muy pocos del extranjero, son el resultado inmediato (lo repetimos con satisfacción) de los sacrificios y esfuerzos que realiza con gusto la Empresa de este semanario” (E. Martínez de Velasco, “Crónica ilustrada de la Guerra de Oriente”, 30/7/1877: 419).

A pesar de las limitaciones que el mismo Pellicer relataba, igualmente podía explicar de primera mano los espantos de la guerra, por encima de fronteras y ejércitos: “En esta sangrienta lucha todo es violento: el fanatismo religioso de opresores y oprimidos, la soberbia ferocidad de unos, y la crueldad que la ignorancia engendra en los otros; y tras los sufrimientos de un calor tropical, sin transición apenas, los rigores de un invierno crudísimo” (Pellicer, “Los horrores de la guerra de Oriente”, 22/12/1877: 391).

Finalmente Austria-Hungría y Rusia acordaron repartirse las áreas de influencia sobre la Península Balcánica en función de como evolucionara la guerra y, terminada la guerra y

tras el frustrado Tratado San Stefano, el Congreso de Berlín de 1878 reconoció oficialmente la plena independencia de Serbia y de Montenegro, situadas bajo la protección rusa. Rumanía también vio reconocida su plena independencia y Bulgaria se convirtió en un principado autónomo.

En relación con el Imperio austro-húngaro, la principal novedad fue que pasó a administrar Bosnia y Herzegovina, lo que agravó la tensión con Rusia por su influencia en los Balcanes. La ocupación militar de Bosnia-Herzegovina tuvo serias dificultades, que relataba la crónica sobre el asalto a Sarajevo:

“Desde los minaretes de las mezquitas y desde las azoteas y ventanas de las casas, caía sin cesar una lluvia de fuego sobre las apiñadas columnas del ejército invasor, que sufrió lamentables pérdidas; hasta las mujeres musulmanas se batían con desesperación, y aún los insurgentes heridos, que yacían en los hospitales, abandonaron el lecho en aquellas supremas horas y corrieron a tomar parte en la reñida pelea” (E. Martínez de Velasco, “Ocupación de la Bosnia por los austriacos”, 30/09/1878: 183).

En las décadas posteriores las revueltas y conflictos bélicos en los Balcanes no desaparecieron, aunque su repercusión en *La Ilustración* fue mucho menor. Las noticias publicadas el año 1882 sobre una nueva insurrección en Bosnia-Herzegovina mencionaban el peligro de que la revuelta se extendiese “a las demás provincias eslavas de aquel heterogéneo Imperio” (E. Martínez de Velasco, “Nuestros grabados”, 15/02/1882: 99) y de que una posible anexión de Bosnia-Herzegovina a Austria-Hungría provocara una reacción drástica por parte del gobierno ruso.

En 1885 Emilio Castelar publicó una serie de artículos sobre “el problema de Oriente” y, en el primero de ellos, dejó constancia que compartía una parte significativa de la opinión más común existente en la Europa occidental favorable a los pueblos cristianos y muy crítica con los resultados del Congreso de Berlín:

“Mientras los pueblos cristianos, movidos al impulso de la libertad, no obstante las duras condiciones impuestas por el vencedor a su triste servidumbre, mejoran y progresan, reivindicando tanto los derechos personales de los ciudadanos como su propia nativa independencia, y constituyendo nacionalidades varias, en cuyos senos la vida social se contiene y se diversifica, el pueblo dominador [en

referencia al Imperio otomano] que los rompiera y los sojuzgara [...] se consume y se petrifica”; “La Europa oriental arderá tras la insurrección de Bulgaria, como ardió hace diez años tras la insurrección de Bosnia. Lo quieren así la Providencia de Dios y las injusticias que han aglomerado allí los déspotas del mundo” (E. Castelar, “La Cuestión de Oriente”, 22/10/1885: 235-238; 30/10/1885: 255).

Estos comentarios coinciden con la guerra de Serbia contra Bulgaria de 1885, que tuvo su merecido seguimiento con ilustraciones incluidas, y que Castelar la consideraba trascendente en la medida que podía acabar provocando una conflagración de mayores dimensiones que afectara a más países. La causa búlgara recibió grandes elogios, a la vez que criticaba los errores de las potencias europeas (E. Castelar, “Búlgaros y servios”, 15/1/1886: 27-30). Y esa miopía en la diplomacia internacional, según Castelar, era la causa de la existencia de un temor extendido a la posibilidad de una futura guerra de ámbito europeo, ante la cual Castelar proponía como único remedio el desarme general y la construcción de una confederación europea:

“Dentro del acervo de mis esperanzas ha entrado siempre como factor primero la formación de los Estados Unidos europeos [...] La civilización europea necesita salir del estado de paz armada, mucho más desastroso ya que la guerra universal. En los combates moriríamos heroicamente de una vez: en los cuarteles morimos de un modo cobarde y por lentísima consunción. Quien tomara la iniciativa de un desarme general sentiría hoy las bendiciones de todos los pueblos, y mañana las bendiciones de todos los siglos [...] Una confederación europea traería la paz” (E. Castelar, “Amenazas y temores de una guerra europea”, 30/12/1886: 387-391).

Los problemas en los Balcanes no se solucionaron en absoluto y la tensión resurgió entre Austria-Hungría y Rusia. Otras tragedias se sucedieron durante las décadas siguientes, como la guerra greco-turca por Creta (1897), además de la inestabilidad interna que sufrieron esos nuevos estados balcánicos: de todas estas cuestiones *La Ilustración* informó con sus crónicas y dibujos. Emilio Castelar avanzó que ambas potencias se dirigían hacia una guerra, con una lucidez que años más tarde se vería confirmada:

“La guerra se impone como suprema necesidad, consiguientemente con los opuestos intereses y las tendencias opuestas de Austria y Rusia [...] Austria y

Rusia lucharán tarde o temprano por su respectiva tutela sobre los Balcanes. Así lo ha dispuesto el hado, y no hay otro remedio sino conformarse con sus incontrastables decretos” (E. Castelar, “El conflicto austro-moscovita”, 8/1/1888: 14-15).

CONCLUSIONES: CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

El suscriptor de *La Ilustración Española y Americana* seguramente debía consultar con placer artículos e ilustraciones sobre su propio mundo burgués-aristócrata o, aún más, sobre cómo le hubiera gustado que fuera el medio social en el que vivía. Por tanto, era lógico que la imagen que la publicación trasladaba sobre el Imperio austro-húngaro se fundamentara en elementos como sus ciudades (presentadas como muestra de un tipo de sociedad burguesa y culta que algunos idealizaban), la monarquía (principal factor de cohesión del Imperio) y el cristianismo (con el histórico enfrentamiento con el Islam).

En balance, el Imperio austro-húngaro se mostraba a los lectores como un territorio identificado con los conceptos de “civilización” y “cristiandad”, a pesar de sus graves problemas internos entre los que destacaban el malestar social y, sobre todo, las reivindicaciones nacionales. En cambio su frontera, los Balcanes, apareció bajo la imagen de lo exótico y lo violento, como una zona de transición hacia lo “extranjero” identificado con lo turco, lo “oriental”.

Históricamente, una sociedad que se percibe a sí misma como “civilizada” (o tiene una determinada noción de “civilización”) suele necesitar una imagen opuesta para ser reconocida como tal, como supuestamente superior, o incluso para tranquilizar su conciencia ante determinados abusos cometidos sobre los “inferiores” (Fontana, 2000). En este sentido, el Imperio otomano y los Balcanes ejercían un papel decisivo en la conformación de la imagen que se transmitía sobre el Imperio. La “civilización”, entendida como sinónimo de Occidente, de Europa cristiana o de sociedad burguesa (lo que, al fin y al cabo, era buena parte de la razón de ser de publicaciones como *La Ilustración Española y Americana*) salía reforzada en el contraste con lo “bárbaro”. Las ilustraciones y los artículos de *La Ilustración Española y Americana* en general, y su tratamiento de Austria-Hungría y de la “cuestión de Oriente” en particular, constituyen un ejemplo excelente de ello.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BÉRENGER, J. (1993): *El Imperio de los Habsburgo, 1273-1918*. Barcelona, Crítica.
- DEÁK, I. (1992): *Beyond Nationalism. A Social and Political History of the Habsburg Officer Corps, 1848-1918*. Nueva York – Oxford, Oxford University Press.
- FERDINANDY, M. de (1966): *Historia de Hungría*. Madrid, Alianza.
- FILIPOVÁ, M. (2011): “Peasants on display: The Czechoslovak Ethnographic Exhibition of 1895”, *Journal of Design History*, vol. 24 núm. 1, 15-36.
- FONTANA, J. (2000): *Europa ante el espejo*. Barcelona, Crítica.
- GLENNY, M. (2000): *The Balkans 1804-1999. Nationalism, War and The Great Powers*. Londres, Granta Books.
- HOENSCH, J. K. (1988): *A History of Modern Hungary 1867-1986*. Londres y Nueva York, Longman.
- JOHNSTON, W. M. (2009): *El genio austrohúngaro. Historia social e intelectual (1848-1938)*. Oviedo, KRK ediciones.
- JUDT, T. (2012): “El jueu que interpel·la”, *L’Avenç*, 379, 6-9.
- KANN, R. A. (1992): *A History of the Habsburg Empire, 1526-1918*. Nueva York, Barnes and Noble Books.
- MAZOWER, M. (2000): *The Balkans*. Londres, Weidenfeld and Nicolson.
- MOLNÁR, M. (2001): *A Concise History of Hungary*. Cambridge, Cambridge University Press.
- OKEY, R. (2001): *The Habsburg Monarchy c. 1765-1918. From Enlightenment to Eclipse*. Nueva York, St. Martin’s Press.
- PAMLÉNYI, E. (dir.) (1974): *Histoire de la Hongrie des origines á nos jours*. Budapest, Éditions Horvath – Éditions Corvina.
- SCHNERB, R. (1982): *El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea (1815-1914)*. Barcelona, Destino.
- SCHORSKE, C. E. (1983): *Vienne fin de siècle. Politique et culture*. París, Éditions du Seuil.
- SKED, A. (1989): *The Decline and Fall of the Habsburg Empire 1815-1918*. Londres y Nueva York, Longman.
- SUGAR, P. F., HANNÁK, P. y FRANK, T. (ed.) (1990): *A History of Hungary*. Londres – Nueva York, I. B. Tauris.

- WILLIAMSON, S. R. (1991): *Austria-Hungary and the Origins of the First World War*. Nueva York, St. Martin's Press.
- YAVUZ, M. H y SLUGLETT, P. (ed.) (2011): *War and Diplomacy. The Russo-Turkish War of 1877-1878 and the Treaty of Berlin*. Salt Lake City, The University of Utah Press.